HOMILÍA PARROQUIA NTRA. SRA. DE FLORES COMUNIDAD SAFA

Introducción

Queridas hermanas de la Sagrada Familia de Burdeos; queridos feligreses de la parroquia Ntra. Sra. de Flores, laicos asociados, antiguos alumnos, fieles todos:

Hoy es un día de sentimientos encontrados. Estamos reunidos alrededor del altar para celebrar la Eucaristía, como tantas otras veces, pero hoy lo hacemos de una manera especial, pues queremos dar gracias a Dios por 159 años de presencia de la Sagrada Familia de Burdeos en Málaga y por los 49 años de vida compartida con nuestra parroquia de Las Flores.

Ciento cincuenta y nueve años. Cuarenta y nueve años en nuestro barrio. ¡Cuántas personas, cuántas familias, cuántos niños, cuántos enfermos, cuántas historias habrá detrás de estos años de vida!

Por eso estamos aquí. Por eso, muchos de nosotros hemos venido hoy a compartir con vosotras en esta celebración, esta acción de gracias por todo el bien que nos habéis hecho.

Por eso, la primera palabra que quisiera remarcar es la palabra **GRACIAS**.

1. Una historia de amor que merece ser agradecida

La segunda lectura de hoy, tomada de la primera carta de san Juan, comienza con una invitación preciosa: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!».

¡Mirad qué amor!

Quizá estas palabras sean las más apropiadas para comenzar nuestra celebración. Porque, cuando miramos hacia atrás y contemplamos tantos años de presencia de las hermanas en Málaga, lo primero que tenemos que hacer es reconocer el amor de Dios que se ha hecho cercano a través de ellas.

En 1867 llegaron a Málaga las primeras hermanas de la Sagrada Familia de Burdeos. Llegaron para servir. Se dedicaron a cuidar a los enfermos, incluso durante las noches; abrieron un dispensario para atender a los más pobres, en una época en la que tantas personas carecían de los medios necesarios para recibir atención. Incluso el Doctor Gálvez confía a las Hermanas el cuidado de su Clínica a la que, según la prensa de la época, ellas se entregan "...con una esmerada dedicación...". Las Hermanas se retiran de la Clínica del Doctor Gálvez en 1952.

Más adelante, su presencia se extendió a la educación, a la formación cristiana, al acompañamiento de jóvenes y familias y a tantas otras necesidades que fueron descubriendo a su alrededor. En 1923, el Obispo de Málaga, San Manuel González, que conocía a las Hermanas y que, fue siempre un padre para ellas, les pide ayuda para comenzar una obra que atienda a las jóvenes en peligro, creando un refugio para las chicas sin hogar. Una obra que duró diez años.

En 1926 comenzó la historia del Colegio de El Monte. En 1940, gracias a vosotras, llegamos a Málaga, los Oblatos de María Inmaculada, como capellanes del colegio y para atender esta zona de Málaga. En septiembre de 1977, hace ahora 49 años, se abrió esta comunidad SAFA en nuestro barrio de Las Flores.

Desde entonces, las hermanas han compartido con nosotros la vida de cada día. No solamente han realizado actividades pastorales o sociales. Han estado aquí. Han rezado aquí. Han acompañado a personas concretas. Han conocido las alegrías y las preocupaciones de nuestras familias. Han colaborado en la vida parroquial, con

la atención a los enfermos, a los niños de catequesis y los más necesitados a través de cáritas, ofreciendo su tiempo y su entrega allí donde se las necesitaba.
Y eso es lo que hoy queremos agradecer.
Porque muchas veces el bien más grande no hace ruido. A veces consiste sencillamente en estar cuando alguien necesita compañía; en escuchar sin prisas; en acercarse a quien está pasando un mal momento; en ayudar sin preguntar qué se va a recibir a cambio.
Queridas hermanas, seguramente muchas de vosotras podríais contar historias que nadie conoce. Personas a las que acompañasteis en momentos difíciles, familias a las que ayudasteis, niños a los que educasteis, enfermos por los que rezasteis, personas a las que devolvisteis un poco de esperanza.
Seguramente muchas de esas personas estén hoy aquí. Quizá otras no puedan estar. Quizá algunas ya hayan fallecido. Pero ninguna de esas historias se pierde ante Dios.
Por eso, hoy queremos deciros algo muy sencillo: gracias, hermanas, por haber estado; gracias por vuestra entrega; por habernos ayudado a descubrir que la Iglesia es una familia y que nadie debería sentirse solo.
Y gracias también a todas las hermanas que os precedieron, a las que entregaron aquí su vida y a las que hoy descansan en el Señor. Ellas forman parte de esta historia que no sería la misma sin su presencia.
Hoy, en la solemnidad de Todos los Santos, recordamos precisamente que la santidad no consiste en hacer cosas extraordinarias a los ojos del mundo, sino en dejar que el amor de Dios transforme nuestra vida y nos haga capaces de amar a los demás.
¡Cuántas veces la santidad se habrá hecho presente en esta comunidad a través de gestos sencillos, de trabajos escondidos y de una fidelidad cotidiana que solamente Dios conoce!
Demos gracias al Señor por todo ello.

2. La segunda palabra que quisiera remarcar hoy es la palabra ESPERANZA, quisiera que el Evangelio nos diera una palabra de ánimo en este momento difícil, pues al final, tengo que confesar que esta despedida es dolorosa para todos.
La comunidad de la Sagrada Familia de Burdeos de nuestra parroquia se cierra. Y se cierra porque faltan vocaciones y no hay relevo para continuar esta presencia comunitaria. Esto es muy doloroso, es uno de los signos de nuestro tiempo, la falta de vocaciones a la vida religiosa. No tenemos que esconderlo ni disimularlo. Es una realidad que nos entristece. Nos duele porque queremos a las hermanas, porque estamos acostumbrados a contar con ellas y porque sentimos que una parte de la historia de nuestro barrio llega a su fin.
Nos gustaría que las cosas fueran de otra manera. Nos gustaría que nuevas religiosas pudieran llegar y continuar la misión. Nos gustaría que esta casa siguiera siendo una presencia comunitaria de la Congregación entre nosotros.
Y es legítimo sentir tristeza. Jesús mismo lloró ante la muerte de su amigo Lázaro. La fe nos invita a vivir el dolor sin perder la esperanza.
Las hermanas se marchan, pero no desaparece todo lo que han sembrado. Los niños que recibieron su educación, las personas que encontraron consuelo, las

familias que fueron acompañadas, los laicos que descubrieron el carisma y aprendieron a vivirlo: todo eso forma parte de una historia que continúa dando fruto. Y ese fruto es el que no tiene que cerrarse con vuestra ausencia. Las necesidades de la parroquia y del colegio y de las personas y familias siguen ahí. Y nosotros, como parroquia, tenemos que aprender también a vivir esta nueva etapa. No podemos pretender que todo siga igual. Tendremos que asumir nuevas responsabilidades, cuidar mejor nuestra vida comunitaria y preguntarnos cómo podemos continuar ofreciendo a nuestro barrio y nuestra parroquia y todas las personas vinculadas al colegio del Monte que ha venido hoy aquí, aquello que hemos recibido de las hermanas. Cada uno de nosotros en nuestra realidad tenemos que preguntarnos qué nos toca hacer ahora. Para ello, podemos poner nuestros ojos en Jesús, para tratar de vivir como Él vivió el camino de las bienaventuranzas que hemos escuchado hoy en el Evangelio. Jesús nos invita a ser dichosos como Él, tratando de ser pobres en el espíritu, mansos, personas con corazón, capaces de sufrir y llorar y emocionarnos, tener hambre y sed de la justicia, ser misericordiosos, limpios de corazón, trabajar por la paz, y si es su Voluntad, ser capaces de ser perseguidos a causa de la justicia y por creer en Cristo. Este el camino de nuestra felicidad, una felicidad que nos nace, no de mirar a las cosas de este mundo, sino de poner nuestros ojos en Jesús, nuestro maestro y modelo, que vivió a la perfección este camino de las bienaventuranzas y que nos invita, a cada uno de nosotros, a tratar de vivirlas en nuestra vida cotidiana, como las hermanas, han tratado de vivirlas en medio de nosotros a lo largo de estos años.

3. La tercera palabra que quisiera resaltar es la palabra CARISMA. El carisma es un regalo o gracia gratuita que concede el Espíritu Santo a una persona o a un grupo de personas, para el bien común, el servicio a los demás y la edificación de la Iglesia. Pues bien, el carisma de la SAFA no se marcha: pues estamos todos llamados a seguir haciendo familia, seamos asociados o no.

Hay una frase que resume el sueño de Pedro Bienvenido Noailles, fundador de la Sagrada Familia de Burdeos: «Haced del mundo una única familia».

¡Qué sueño tan hermoso! Y qué actual sigue siendo.

Hacer del mundo una única familia significa aprender a mirar a cada persona como un hermano. Este sueño ha tomado cuerpo a lo largo de los años en las distintas vocaciones que forman parte de la familia espiritual de la Sagrada Familia: religiosas apostólicas, contemplativas, seculares, sacerdotes y laicos.

El árbol de la vida que hoy vamos a presentar en las ofrendas expresa muy bien esa realidad. Tiene raíces, tiene un tronco y tiene ramas diferentes. Cada rama tiene su propia identidad, pero todas reciben la vida de una misma raíz.

Queridas hermanas, vosotras habéis ayudado a plantar y cuidar ese árbol en Málaga. Habéis compartido con nosotros una manera de vivir la fe, de entender la comunidad y de acercarnos a las necesidades de los demás.

Y ahora nos corresponde a nosotros cuidar lo que hemos recibido.

Habéis enseñado a tantas personas a hacer familia, ahora nos toca a nosotros tratar de hacer familia en nuestra parroquia, en nuestro barrio y en el colegio. Vivir aquí en la tierra, esa familia que Dios quiere vivir en el cielo, con esa visión del libro del Apocalipsis, que hemos escuchado en la primera lectura, construir aquí esa muchedumbre inmensa que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con

vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritar con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!».
Ahora nos toca a nosotros demostrar que ese sueño es posible y que sigue vivo.
No se trata de sustituir a las religiosas ni de pretender que los laicos podamos hacer exactamente lo mismo que ellas. Cada vocación tiene su identidad, su riqueza y su misión. Se trata de que el carisma que hemos recibido siga inspirando nuestra manera de vivir, de rezar, de servir y de construir comunidad.
Porque el carisma no es propiedad exclusiva de quienes lo iniciaron. Es un don que se recibe, se cuida y se transmite.

Conclusión:
Queridas hermanas: quizá no siempre hayáis visto todos los frutos de vuestro trabajo. Quizá algunas veces os hayáis preguntado si vuestro esfuerzo servía para algo. Quizá hayáis experimentado cansancio, dificultades o momentos en los que parecía que la semilla no crecía.
Pero hoy queremos deciros que vuestra presencia ha merecido la pena.
Ha merecido la pena cada hora de trabajo, cada oración, cada visita, cada palabra de aliento, cada gesto de cercanía. Ha merecido la pena porque habéis compartido vuestra vida y porque, al hacerlo, habéis hecho visible algo del amor de Dios.
Dory, Felisa, Carmen y Blanca, en nombre de esta parroquia, gracias. Gracias por vuestra presencia, por vuestra cercanía, por vuestro testimonio y por todo lo que habéis sembrado entre nosotros.
En estos días os veremos marchar hacia otros lugares de misión. Cada una continuará su camino allí donde la Congregación os envía, Valencia, Madrid y Extremadura. Id con la certeza de que aquí dejáis una familia que os quiere, que os agradece lo recibido y que seguirá unida a vosotras en la oración y en el cariño.
Y nosotros quedamos aquí con una responsabilidad y una esperanza: que este árbol siga creciendo; que sus ramas permanezcan abiertas; que en nuestra parroquia nadie se sienta extraño y que quienes se acerquen a nosotros, encuentren acogida, dignidad y amor.
Y que, cuando dentro de muchos años alguien pregunte qué hicieron las hermanas de la Sagrada Familia de Burdeos en Málaga, aquí en Las Flores, y en el colegio, podamos responder con sencillez: Pasaron por aquí haciendo el bien. Nos ayudaron a descubrir que Dios nos ama y nos enseñaron a hacer de nuestra vida una familia para los demás. Que así sea. Amén.